

*Nuevas miradas sobre la cultura y la política rioplatense del siglo XIX**

Fabio Wasserman
UBA

Este libro forma parte de una colección que tiene como fin acercar a un público amplio el estado actual del conocimiento de la historia argentina; es por eso que si bien incorpora objetos de estudio y enfoques novedosos, su formato respeta las divisiones temáticas y cronológicas clásicas. El tomo incluye, junto a capítulos dedicados a la política, la sociedad y la economía de la primera mitad del siglo XIX, los trabajos de F. Aliata y de J. Myers que, por hacer foco en la cultura del período, serán objeto de la presente lectura. Es de destacar que los mismos no están concebidos, ni por los autores ni por la dirección del tomo, como un mero añadido que viene a dar color al resto de la obra. Muy por el contrario, no sólo tienen un peso específico debido al logrado y original tratamiento que hacen de sus respectivos temas, sino que también enriquecen el conocimiento de la que quizás constituya la principal problemática del período y que, en ese sentido, anima una parte sustancial del volumen: la creación y legitimación de nuevas formas de organización social y política tras la desintegración del orden colonial.

El trabajo de Aliata examina tanto las ideas y los proyectos referidos a la organización urbana y territorial, como la incidencia que tuvieron en su reconfiguración a partir de la década de 1820. Dentro de este universo, son varios los temas que toma en cuenta, y aunque no a todos les presta la misma atención, su análisis nunca peca por superficial. Entre otros, se ocupa de la reorganización territorial provocada por las transformaciones socioeconómicas, políticas y culturales desencadenadas por el proceso revolucionario; del desarrollo y las mutaciones que afectaron a Buenos Aires y a las ciudades del interior; de los debates sostenidos hacia 1826 en torno a la cuestión de la capital; del papel de los poblados en la expansión de la campaña bonaerense –lo cual, aunque el autor no lo explicita, pone en cuestión la visión tradicional que hace hincapié en el rol de la estancia y del ejército como agentes únicos de ese proceso–. Pero lo más notable de esta indagación no es su

amplitud, sino la manera en que logra dar cuenta y permite pensar, por un lado, la densa trama que articulaba las ideas ilustradas y republicanas y la estética neoclásica, con los sujetos, programas e instituciones que las invocaban y ponían en práctica; y, por el otro, la conflictiva relación entre esta trama, la realidad que buscaba ser transformada y los resultados alcanzados. Análisis cuya agudeza logra problematizar las relaciones entre la cultura y la sociedad del período o, mejor aún, permite interrogar a la política como modo de tensar esas relaciones –esto último si se quiere seguir considerando la política como una práctica cuyos discursos y acciones están animados por intereses, pero también por valores encontrados–. No parece casual entonces que el trabajo tome al programa del grupo rivadaviano como centro y eje articulador de los diversos temas y problemas tratados, ya que su espesor político e ideológico permite considerarlo como el más orgánico y profundo de los ideados en el período, pero también como el más conflictivo. Dicho programa puede ser resumido en dos grandes líneas de acción que tuvieron al estado –primero el bonaerense y luego el nacional– como principal actor: a) lograr el dominio efectivo del territorio, considerado entonces como un espacio vacío y desarticulado, pero pasible de ser incorporado al mundo de la producción; b) hacer de Buenos Aires una gran metrópoli que pudiera convertirse en modelo y centro irradiador hacia el resto de la República de los valores e instituciones de la modernidad política y cultural.

Uno de los aspectos más destacables del intento de modernización de Buenos Aires, y que permite ejemplificar tanto las concepciones en

* A propósito de Fernando Aliata, “Cultura urbana y organización del territorio”, y Jorge Myers, “La Revolución en las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, República y Confederación (1806-1852)*, *Nueva Historia Argentina*, t. III, caps. VI y X, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

juego como las modalidades finalmente asumidas, es lo que Aliata denomina como “política de la regularidad”. La misma retomaba la tradicional cuadrícula colonial, pero resignificada en función de nuevos intereses e ideales; así, perdía su homogeneidad y definía zonas particularizadas no sólo para el mejor funcionamiento de la ciudad, sino también para evidenciar la distinción entre lo público y lo privado. Esta política era acompañada por una extensa normativa cuyo presupuesto era que el ordenamiento de los espacios incidiría en el desarrollo institucional y en el comportamiento de los ciudadanos de Buenos Aires; más aún, junto a la sanción de otras medidas como la Ley Electoral, convertiría a sus habitantes en verdaderos ciudadanos de una república representativa. Es sabido que el grupo que buscó implementar este plan finalmente fracasó al intentar expandir su influjo hacia el interior y al entrar en conflicto con los sectores dominantes bonaerenses. Ese fracaso provocó también que entraran en crisis muchas de sus concepciones, como aquella que le otorgaba al estado la capacidad de intervenir para ordenar el espacio urbano y, así, modelar sujetos sociales y políticos. Sin embargo, allí donde una historiografía sólo atenta a las mudanzas políticas señala una abrupta clausura provocada por el ascenso de Rosas al poder, Aliata plantea la existencia de líneas de continuidad. No sólo por la concreción de varios proyectos, aunque adaptados a los nuevos tiempos, sino porque aspectos sustanciales de la política urbana del rosismo siguieron teniendo como guía valores y lenguajes de matriz republicana y neoclásica, así como también se mantuvo la presunción sobre el carácter de guía de la República que debía asumir la ciudad. Permanencia que, desde este registro particular, constituye un aporte de gran valor para la comprensión de la experiencia político-cultural post-revolucionaria, de la que el rosismo puede considerarse parte legítima, aunque haya asumido modalidades idiosincráticas que llevarían en incontables ocasiones a reputarlo como un mero intento de restauración del antiguo orden. Originalidad que cobró expresión, por ejemplo, en la propia residencia de Rosas en Palermo, cuya austeridad, recuerda Aliata, daba cuenta de los valores republicanos en boga, pero cuyo funcionamiento, para horror de muchos, tornaba indistinguible lo público y lo privado.

En cuanto al propósito de hacer efectivo el dominio del espacio rioplatense, el autor considera que formaba parte —y era el resultado— de un complejo proceso de reorganización territorial y de transformación de las miradas sobre el mismo, cuyos inicios ubica hacia fines del período colonial. Desde esa perspectiva examina la concepción de los ilustrados, para quienes la “naturaleza” se presentaba como armónica y pasible de ser transformada desde una intervención técnico-política capaz de imponerle un orden ideado desde la ciudad; pero el propio conocimiento generado por esta intervención puso en crisis dichos supuestos, ya que evidenció la existencia de “un mundo hostil, pleno de complejas valencias, un territorio que apenas se conoce” (p. 201). Esta revelación sentó una de las condiciones que les haría sostener a los románticos su singular concepción del territorio rioplatense como un “desierto” del cual nada se podía rescatar y que, por eso mismo, debía ser transformado desde sus cimientos. Ruptura conceptual que permite entender por qué el apartado donde este problema es analizado se denomina “De la mirada ilustrada a la crítica romántica”, cuando, a priori, parecería más pertinente asociar la noción de mirada con el romanticismo y, más aún, la de crítica con la ilustración. Análisis, entonces, que nos provee de una clave importante para entender las modalidades particulares que asumieron la ilustración y el romanticismo en el Plata; problema que, en lo que hace a esta última corriente, será retomado en los próximos párrafos.

El artículo de Myers tiene como propósito dar cuenta del grupo de escritores, publicistas y hombres de Estado conocido como la generación de 1837. Aunque parezca una banalidad, es el cumplimiento de este cometido lo que constituye su principal mérito, ya que es la primera vez que se articula la trayectoria de figuras con perfiles tan singulares como Echeverría, Alberdi, Juan M. Gutiérrez, Vicente F. López, Sarmiento, Mármol, Mitre, con una muy lograda caracterización colectiva del grupo romántico. Esta reconstrucción de los itinerarios políticos e ideológicos individuales y colectivos se enriquece por las relaciones que establece el autor con los contextos sociales, políticos y culturales que modularon esos recorridos desde antes incluso del surgimiento del movimiento romántico como tal. Este enfoque le permite

puntualizar diversos momentos, de los cuales merecen destacarse dos: a) el de su surgimiento en la década de 1830, sobre el que Myers realiza un excelente análisis de las condiciones extraordinarias que posibilitaron tanto su irrupción en la vida pública, como el inusitado grado de cohesión e institucionalización que alcanzaron; b) el de su exilio en la década de 1840, circunstancia en la cual no sólo produjeron sus obras más trascendentes y encontraron nuevas condiciones en las cuales desenvolverse que también tendrían importantes consecuencias en sus futuros desarrollos –especialmente para aquellos que vivieron en Chile–, sino que completaron el proceso que les permitiría sostener y adherir a la identidad nacional argentina, pasando a un segundo plano los localismos y el americanismo que impregnaban hasta entonces sus representaciones identitarias.

Más allá de estos recorridos, el autor propone varias líneas de análisis que permiten entender el carácter de la intervención de los románticos y la razón por la cual se los puede considerar como una verdadera generación, a pesar de haber estado integrada por personalidades con trayectorias e ideas no siempre afines –algunas, incluso, francamente antagónicas–. Así, dicha generación es considerada como protagonista de un primer momento del proceso de transición que transformó la figura del antiguo letrado en la del intelectual moderno, que hace de su autonomía frente a los poderes establecidos la fuente de su legitimidad. Asimismo, sostiene que se trató de “el primer movimiento intelectual con un propósito de transformación cultural totalizador, centrado en la necesidad de construir una identidad nacional” (p. 383). Definición que si bien no es del todo original –ni pretende serlo–, sí lo es su interpretación que desarma la versión canónica que sólo pudo pensar a dicha generación como predestinada a ser la portadora de un proyecto de organización nacional ya definido de antemano como la nacionalidad que vendría a representar. Por el contrario, como señala el autor, para los románticos rioplatenses la nación no era un legado del pasado ni un fenómeno inmutable, sino el resultado aún incompleto del proceso desencadenado por la Revolución de Mayo –que formaba parte a su vez de un proceso de transformación de larga data y alcance, concepción que les permitía articular lo particular y lo universal– y que, por lo tanto, debía ser sometida a una constante interpretación.

La *cuestión nacional* como centro de sus indagaciones y articulador de sus diferencias explica también la caracterización que hace del romanticismo rioplatense como productor de un pensamiento social más que como un movimiento literario; razón por la cual, cualquiera haya sido el género que hubieran empleado para expresarse –y no se privaron de ensayar casi ninguno–, las formas y los contenidos quedaban subordinados a metas no estéticas. Otro carácter que distinguió al movimiento desde sus inicios es su intento de autonomizarse de las facciones en pugna; lo cual no era más que una manifestación de su autorrepresentación como aquéllos destinados a constituirse en guías de los procesos políticos. Privilegio que, creían, les correspondía en tanto élite intelectual modernizadora que estaba en constante contacto con las novedades del pensamiento europeo. Así, la coherencia con que eran incorporadas estas últimas no parecía ser tan importante como su capacidad de realizar esta operación. Es por eso que diversos autores, y en distintos momentos, llegaron a invocar una amplia gama de referentes políticos, ideológicos y estéticos, aunque todos ellos leídos en clave historicista: romanticismo, liberalismo, conservadurismo, republicanism, eclecticismo, y algunos de los socialismos premarxianos cuya impronta, que quiso ser rápidamente olvidada tras las revoluciones de 1848, es resaltada especialmente por Myers.

El análisis de estas influencias es uno de los aportes más notorios del artículo, ya que al tener siempre presente sus condiciones de recepción, permite entender la modalidad particular que asumieron en el Plata, especialmente en el caso del romanticismo. Así, señala como esta corriente sólo pudo definirse en sus inicios a partir de un triple rechazo: a la estética neoclásica, a la experiencia cultural hispánica y a los valores materialistas y utilitarios de la generación anterior. Por otro lado, el tamiz a través del cual se incorporó a la cultura rioplatense sólo permitió el paso de algunas influencias, en especial las francesas, y dejaba de lado las versiones más oscuras y desgarradas. Pero la peculiaridad más distintiva del romanticismo rioplatense tenía un origen político, tanto por su concepción de la nación como una tarea de realización futura, como por el hecho de que, a diferencia de gran parte de sus referentes europeos, que eran expresiones nostálgicas del Antiguo Régimen, se consideraba heredero y continuador de una

revolución republicana y democrática –teniendo presente las salvedades que plantea el autor en relación a qué se entendía por democracia en ese período. Revolución que, como queda planteado a lo largo del volumen, constituyó una marca que singularizó la experiencia político-cultural rioplatense durante la primera mitad del siglo XIX.

Antes de finalizar, quisiera plantear un problema que surge de la lectura del trabajo de Myers y que, aunque menor en apariencia, merece ser discutido –incluso, con mayor profundidad que la que aquí se realizará–. Me refiero a la utilización que hace de la ironía en varios pasajes. Recuerdo dos: a) cuando destaca que, dado el papel irrelevante al que había sido relegado Echeverría, quizás “su decisión política más astuta haya sido la de morir en 1851” (p. 406), lo cual le permitió a sus ex compañeros la tarea de reivindicarlo sin mayores inconvenientes tras la caída de Rosas; b) cuando se refiere en los siguientes términos al efecto provocado por el acuerdo entre Rosas y Francia que puso fin al bloqueo de esta última: “para quienes lo habían apoyado como una cruzada civilizatoria debió haber producido el mismo impacto que el sentido por tantos militantes de un movimiento político de nuestro propio siglo ante la traición ideológica consumada en el pacto Ribentropp-Molotov” (p. 403). Si bien estos pasajes no afectan el sentido global de la interpretación, constituyen una notoria baja en su tensión argumentativa que sólo busca la complicidad del lector –y en la segunda de las citas, doblemente irónica, de muy pocos lectores–. Pero no es ésta la razón por la que me detengo, ni tampoco porque pretenda prescribir el humor, sino porque el uso de la ironía no suele ser, como en este artículo, algo ocasional. Por el contrario, constituye uno de los actuales pilares interpretativos de la disciplina, al menos cuando se ocupa del desfase que se produce entre diagnósticos y realidades y entre proyectos de transformación y resultados logrados –entiéndase que me refiero a una mirada irónica sobre los procesos más que a una ironía particular, aunque a veces ambas son difíciles de discernir–. Mi crítica es que este tratamiento sólo permite reafirmar algo sabido: la inevitabilidad de esos desacoples; oscurece la comprensión de las razones por las cuales un grupo o una persona asumen una postura política; y, en algunas ocasiones, puede deslizarse hacia una

descalificación de la política como modo de intervención en el mundo. Condena que está dada por el hecho de saberla fatalmente destinada al fracaso –ahora nosotros sabemos lo que ellos ingenuamente ignoraban–, por lo que con toda tranquilidad podemos burlarnos de su carácter irrisorio, aunque difícilmente podamos realizar una verdadera crítica. Pero esta forma de aproximarse a los diagnósticos y proyectos políticos no es inevitable, ni siquiera en aquellos casos donde la tentación de hacerlo se hace imperativa: Aliata nos recuerda cómo los proyectos fallidos de los rivadavianos de canalizar el Bermejo o el Canal de los Andes han merecido con justicia ser interpretados con sorna; sin embargo, su análisis prefirió detenerse en las condiciones que posibilitaron concebir esos emprendimientos, más que en ironizar sobre su carácter a todas luces absurdo.

En suma, ambos artículos, así como la obra de la cual forman parte, cumplen acabadamente con el propósito de acercar a un público amplio los avances producidos en los últimos años por la historiografía argentina del período. En el caso de los trabajos reseñados, esto se debe a que en sus análisis, las diversas expresiones culturales –sean ideas, discursos, representaciones o artefactos culturales– son siempre entendidas en su relación con otras dimensiones del pasado; con lo cual producen una historia de las ideas y de la cultura mucho más rica en su capacidad interpretativa que la más tradicional que sólo atiende las filiaciones y las influencias. En ese sentido, y aunque no haya sido ésta la línea elegida para realizar la presente lectura, creo importante destacar que, más allá de sus respectivos aportes y del interés que puedan despertar en lectores no especializados, ambos artículos soportan –y por momentos incluso reclaman– ser leídos en forma conjunta. Pero no sólo por tener contenidos que se relacionan entre sí, como la deriva singular de la ilustración y el romanticismo en el Río de la Plata; sino más bien porque su lectura nos invita a debatir problemas generales de la especialidad y de su relación con otros dominios historiográficos. Entre otros, claro está, el propio proceso de fragmentación que organiza la disciplina y sus consecuencias en la producción de conocimiento, de las cuales, el presente volumen también constituye una excelente muestra.